



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. { Un Mes..... 1 peseta.
 { Trimestre..... 2-50
 { Año..... 10

Nada de cientos ni miles
 del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
 que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
 tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. { Un Trimestre..... 3 pesetas.
 { Semestre..... 6
 { Año..... 12

Más pan y más azadones
 que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
 de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño
 todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 13.

MÚSICA, MÚSICA!

El Sr. Romero Robledo lo ha declarado ante el país, con su deliciosa ingenuidad, que algunos, mal intencionados, llaman cinismo. Aquí no hay leyes de contabilidad ni zarandajas. Aquí no hay más que una ley para los que gobiernan: la de su voluntad soberana.

Ha declarado, además, que es accionista de la Compañía Trasatlántica, y que ha tenido á bien prestar á ésta CINCO MILLONES DE PESETAS, para que saliera de apuros.

Por lo visto no anda bien, cosa que sentimos mucho, y todos estamos en el caso de atenderla y consolarla. Por de pronto, ofrecemos al marqués de Comillas un gabán viejo, que puede servirle mientras no se compre otro por cuenta del ministro de Ultramar, y le guardaremos los garbanzos sobrantes, en vez de dárselos al aguador.

Las minorías parlamentarias, con una crueldad y una mala fe manifestadas, han atacado al Sr. Romero Robledo y han querido llevarle á la barra como malversador de caudales públicos. Nada más injustificado. ¿Tiene algo de particular que haya dispuesto de esos miserables cinco millones, ahora que nadamos en la opulencia, para socorrer con ellos á quien se halla necesitado? Esto, en último caso, viene á demostrar que el Sr. Romero Robledo tiene muy buen corazón y es sensible de suyo.

Después de todo, la cosa es sencillísima é inocente: el ministro de Ultramar tiene depositados en el Banco de España unos cuantos milloncitos, y un día llegó cierto individuo de la Trasatlántica, y le dijo:

—Don Paco, los negocios andan mal. Hace muchos meses que los accionistas no cobran un mal diviendo.

—Dígame usted á mí, que soy accionista.

—¿Tiene usted ahí unos cuantos millones que necesitamos?

—¡Hombre! Sí; tengo un piquillo, que no me sirve para nada.

—Pues venga.

Y el hombre, que es compasivo, entregó los cinco millones, no sin recomendar á los de la Trasatlántica que tuvieran juicio y no se lo fueran á gastar en golosinas.

Y por todo esto se ha armado tanto ruido!

Montilla, Villanueva, Pedregal, Muro, Cuartero, Gamazo, Sagasta, todos, dominados por un espíritu rebelde, dijeron á voz en grito, que el ex joven antequerano había caído dentro del Código penal (artículo 407 y 408), pero estas son exageraciones de los enemigos de la situación. Cánovas, que sabe más que todos juntos, declaró terminantemente que no había delito, ni aquello podía calificarse más que de «escaramuza».

Podrán decir los mal intencionados que la «escaramuza» nos cuesta un millón de duros y que en otro país, que no fuese España, el ministro estaría á estas horas dando cuenta de su conducta ante el juez correspondiente; pero aquí, á Dios gracias, no llega la sangre al río y Romero continúa dentro de la nómina y Cánovas sigue disfrutando las venturas del poder al lado de Cos el jurídico, y de Concha el hacendista, y de Azcárraga el bélico.

La teoría del presidente del Consejo no puede ser más razonable. «¿Qué más da que los cinco millones estén en el Banco ó en la Trasatlántica?» ¡Naturalmente! Todo es que se ponga en la cabeza á Romero Robledo y cogerá los millones sobrantes y se los llevará á casa de Bosch, ó de Ordóñez ó de Bergamín, ó bien los entregará al Casino reformista, que es una sociedad como otra cualquiera y con tanto crédito como la que más.

Resulta de todo esto, que no «resultará» nada; es decir, ahí está la mayoría del Congreso que vota contra las proposiciones de censura y da por bien hecho,

lo hecho. El ministro puede seguir aplicando millo-
 nes á todo lo que quiera: que el país es rico y no ha
 de arruinarse por tan poca cosa.

Claro que la prensa de oposición arrima el ascua á su sardina y escribe artículos furibundos contra el ministro de Ultramar. ¿Qué quiere usted esperar de una prensa sin temor de Dios que no cree en la elocuencia del obispo de Zamora y se ríe del descanso dominical?

¿Qué país es este?—claman los enemigos de las instituciones.—¿Qué ministros son estos? ¿Puede disponer de los fondos públicos un consejero de la Corona? ¿Ha desaparecido el pudor político? ¿Se tolera que un Gobierno declare que lo que hay en España es de los conservadores? ¿Qué gente gobierna hoy? ¿Dónde están las leyes que castigan la malversación de fondos? ¿Ha llegado el momento de que atranquemos la puerta para que no entren los ministros?

A todo esto contestamos con ese sencillez, á la vez que dulce recorte de un periódico ministerial:

«A mediados de esta semana se verificará en Palacio un concierto, al cual asistirán los ministros, los presidentes de ambas Cámaras, los capitanes generales y el alto personal palatino.

En el concierto, que se organiza por encargo de la Reina, intervendrán los principales artistas del teatro Real.»

Eso es, mucha música, muchos trajes y muchas joyas...

Pero, echemos el cerrojo, por si acaso.

¡Non fuyades!...

Señor DON QUIJOTE:

En Dios y en mi ánima os juro que, no inferiros agravio, sino faceros la merced más cumplida que el vuestro esforzado brazo y la vuestra notoria hidalguía se merecen, es mi leal propósito. Tendréislo así entendido para no ver, en esta mi misiva, más censuras que las que mi mal tajada y pecadora péñola conquistaste.

Las justas esperanzas que vuestra nueva salida, en busca de aventuras, inspira á los admiradores de tan denodado caballero, no serán por la vuestra hidalguía defraudadas. Conocida les es vuestra pujanza y que, por campos y por pueblos, por ciudades y castillos, por cabañas y palacios, sabeis acometer empresas y fañanas que os dieron tan preclaro renombre en los anales de la andante caballería. Perdone, pues, vuesa merced que le escriba quien, como apasionado admirador, una y mil veces besa las vuestras manos... que muchos quisieran ver cortadas.

Lanza en ristre, y con tajante espada, ó con sin igual lápiz y acerada pluma—que tanto monta—todo enemigo os es pequeño; y magüer habéis arremetido con los grandes, sin poner quizás el ánima en Dios, pero sí en la señora de vuestros pensamientos, he de deciros que descarguéis más fuertes cintarazos y asestéis más rápidas lanzadas á tantos follones é mandrines de la cosa pública, en desagravio é defensa de los menesterosos é envidados, desvalidos é perseguidos, víctimas de los Ginesillos de Pasamonte que dominan en esta insula mal gobernada, peor que la que en premio disteis á vuestro asendereado é discretísimo escudero.

Por donde quiera que fuéredes, topareis donde asentar mortales lanzadas. Si á los teatros, non fallareis si non muchos maeses Pero, titereros, cuyos tablados podéis é debéis desbaratar, é hacer rodar sus títeres; que ni aún saben que en tierra de moros no hay campanas. Si á escuelas é academias, muchos menos leídos é dotos, magüer llámanse doctores, que aquel barbero é aquel bachiller é aquel cura que espurgaron la vuestra afamada biblioteca, muy más digna de renombre que la de D. Fernando Colón, á cuyo padre van á fa-

cer festejos los que, á revivir hoy como vos, volvieron á cargarle de cadenas. Si á nuestros ayuntamientos é cortes, no pocos que hubieran sido quemados en effigie; como aquellos que votaban impuestos desmedidos. Si á las oficinas, numerosos galeotes que no andan en estos por donde andaban en los vuestros memorables tiempos. Si en algunos palacios, cuyo número es mayor que el de chozas, gentes que non os tractarian como vuestros señores los duques, nin hablarían con la mesura, nin os acogerían con la franca hospitalidad que fué honra y prez de nuestros antiguos castellanos. En fin, por todas partes fallaríades blanco para vuestros certeros é contundentes golpes, é cuerpos que reclamando están vuestras más fieras lanzadas.

¿Qué puede detener á vuesa merced, el más afamado de todos los andantes caballeros?... Yo creo que ni los leones que hay á las puertas de una casa grande, é muy pequeña. Porque vuesa merced ha desafiado á los leones, y los de aquella casa no son tan fieros como parecen, cuando hay quien con valor los desafía. ¿Leoncicos á vos?...

Non os curéis de lo que facer con vos quiesieran, que non es de sesudos, homes que tienen espada al cinto y lanza en ristre, yelmo para defender la cabeza é armadura para el pecho, é el asombroso bálsamo de Fierabrás, mucho más portentoso que los específicos de agora. Aquella señora de vuestros pensamientos os dará ánimos é ayuda, porque sabe cuánto es vuestro casto é puro amor. Y más feliz que antaño en el Toboso, lo seréis ogaño en esta villa, en que fecha esta carta, á los 31 días de Marzo,

El más rendido criado de vuesa merced,
 CARDENIO.

Dos once millones.

Ya el país no puede
 con este trabajo;
 busca por arriba
 busca por abajo,
 sigue aquel sendero
 y el otro camino,
 dirige preguntas
 á cualquier vecino,
 que si no sonríe,
 por lo menos calla,
 y empieza de nuevo
 la ruda batalla.
 Se cuentan los pasos
 por los tropezones...
 ¡pero no parecen
 los once millones!

Camacho se calla
 igual que un difunto,
 tal vez porque piensa
 muy mal del asunto,
 ó acaso por miedo
 de meter la pata;
 y Concha no sabe
 de lo que se trata.
 Cánovas desprecia
 esas pequeñeces,
 cuestiones de ochavos,
 que él dijo mil veces.
 ¿A un hombre tan grande
 con esas cuestiones?
 ¡Aunque no parezcan
 los once millones!

Tan sólo Romero,
 el antequerano,
 —Dios nos le conserve
 tan rubio y tan sano—

DON QUIJOTE.



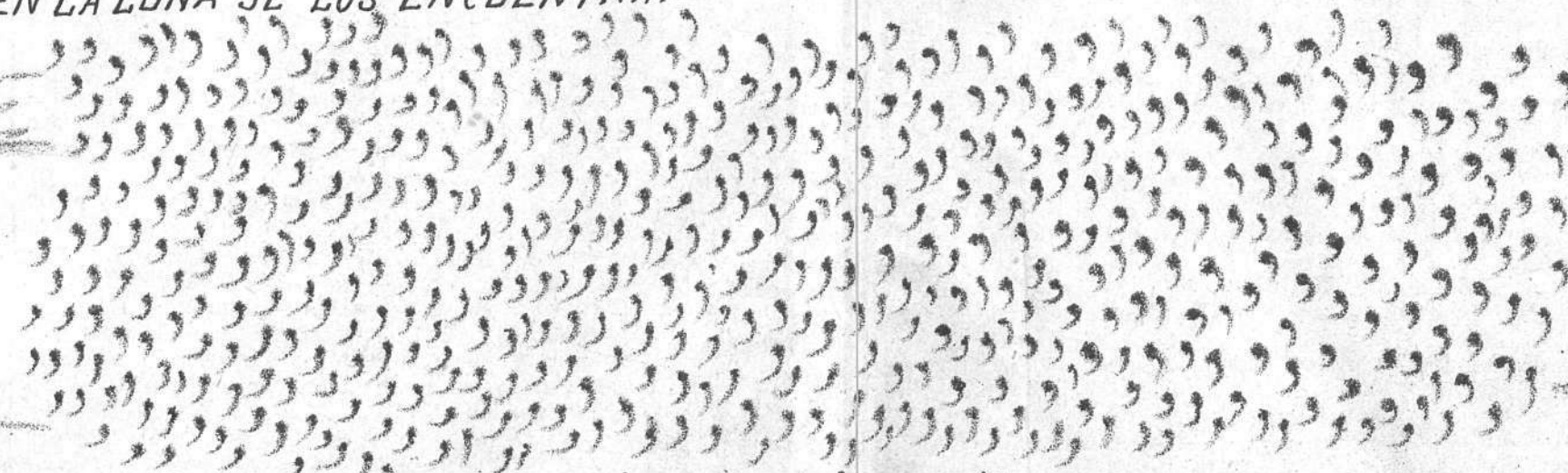
K...K...K...K... MACHO HACIENDO VERSOS.
¡Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar!
¡Mas los ONCE MILLONES DE PESETAS,
esos..... No volverán!



Mucho ojo, que estamos en Sierra-Morena y once millones de cuidado, es poco, para andar por aquí.



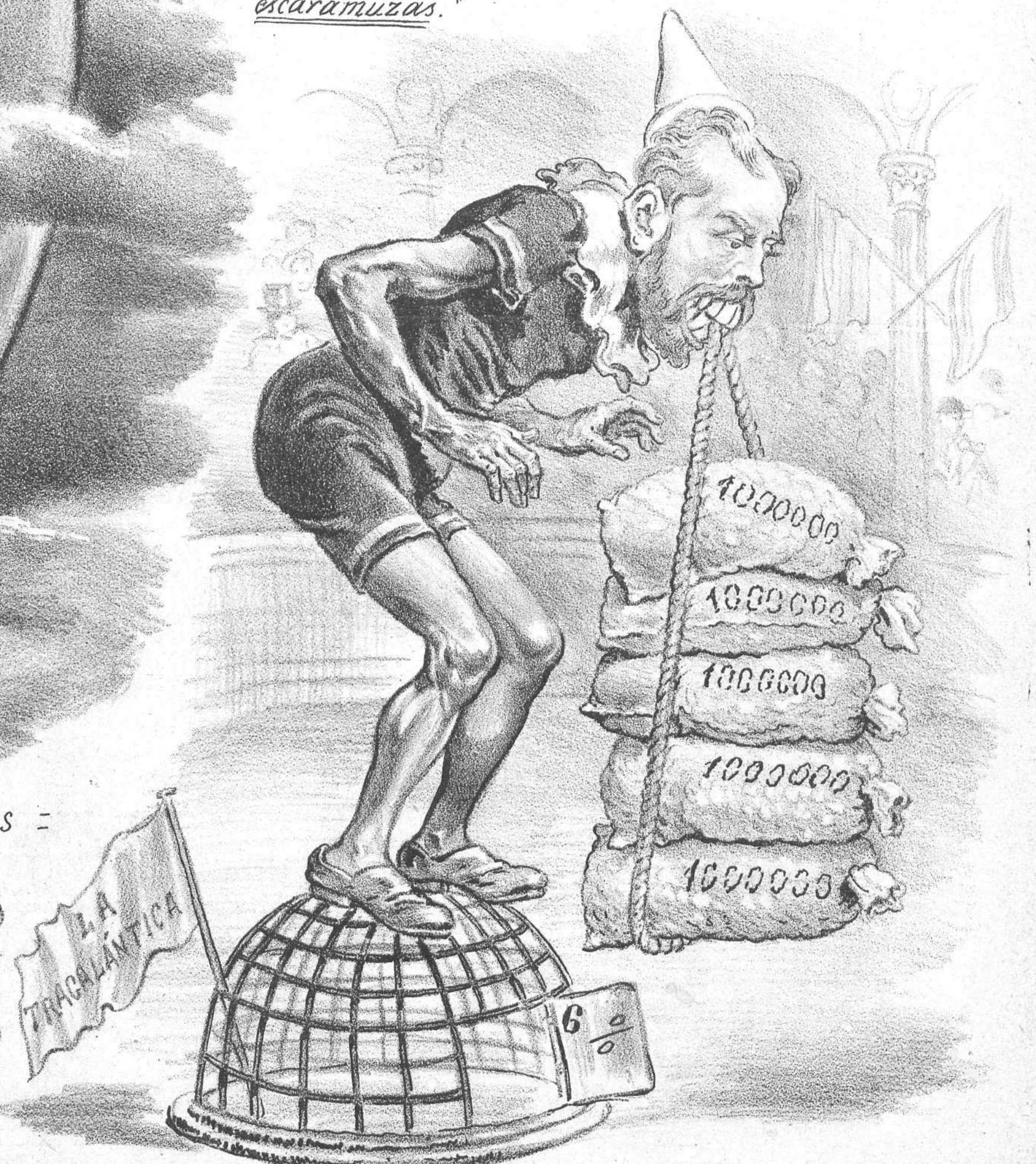
CINCO MILLONES YA PARECIERON Y SABEMOS QUIEN LOS TIENE, PERO LOS OTROS SEIS = NI EN LA LUNA SE LOS ENCUENTRA.



¡Milagro!.. ¡milagro!.. ¡Esto eran cinco millones de pesetas y ahora son cinco millones de comillas!



Estos Códigos barrenados, murieron en las primeras = escaramuzas.



Por algo le dió NATURA tan colosal dentadura.

Lit. A. Foruny S^{ta} Engracia 6. MADRID.

sabe algo de cinco de esos desertores, que han ido a alojarse con unos señores muy buenos, muy buenos, donde se les cuida como cosa propia de toda la vida. Pero de los otros nadie da razones, y quitando cinco quedan seis millones.

¿Dónde andarán éstos hace tantos días? En España existen otras compañías, además de aquella que gusta a Romero porque es la que tiene todo su dinero, y acaso en alguna se habrán cobijado, temiendo el desastre que amenaza airado, esos infelices, esos seis millones que al país le causan tantas desazones.

Pero no haya susto ni hay que tener miedo; se anuncia un debate que cantará el Credo. Discursos terribles, réplicas vehementes, mientes como puños, puños como mientes. Mil campanillazos de la presidencia, y cada dos frases una reticencia. Esto acaso dure cinco ó seis sesiones... ¿Y se habrán perdido los once millones!

LANZADAS

En los grandes astilleros que hay á orillas del Nervión, se construyen dos cruceros, gloria de los ingenieros y honra de la comisión.

Orgullosa ondeará sobre ellos la patria enseña, y la Europa temblará, y tal vez, resultará, para ellos la mar pequeña.

Así, que cuesten millones de duros, yo no me admiro, pues esas embarcaciones despreciarán los ciclones... del estanque del Retiro.

El colmo de la frugalidad: Alimentarse con la *miga* de los discursos de Becerra.

El colmo de la mansedumbre: Ir á ver dos veces la comedia de Galdós y tener á Ferreras en la butaca de al lado.

La *Época* asegura que el país tiene confianza en el Gobierno. Sí, mucha confianza; pero esconde las cucharillas.

¿Qué hace el carlismo? Nadie lo sabe; sólo Dios mismo de este secreto tiene la llave. La monarquía protege al *clero*, y el mejor día hay cada tiro que canta el credo.

Los espíritus apocados se alarman con las noticias de París, referentes á los petardistas. Y aquí tenemos motivos de mayor alarma. Dígalo sino el petardo del ministro de Ultramar, que nos ha costado cinco millones de desperfectos.

Dicen que está Linares delicado (nos tiene enteramente sin cuidado). Se podrá criticar nuestra rudeza; pero jamás la falta de franqueza.

En una de las *Gacetas* de Manila, recibida por el último correo, se publica un decreto relevando al jefe y oficiales de la guardia civil veterana, por impureza en el cumplimiento de sus deberes. ¡Quiera Dios que no se imite el ejemplo en la Península, porque nos expondríamos á perder á los ministros conservadores.

Cuando se vote el piadoso descanso dominical, hasta los mismos ladrones dejarán de trabajar. Con respecto á los ministros, no se sabe lo que harán; aunque se lo exija alguna importante sociedad, es posible que trabaje el ministro de Ultramar.

El Sr. Cánovas ha desmentido terminantemente que hayan sido robados del parque de Málaga doce kilogramos de dinamita.

Pues cuando el Sr. Cánovas lo dice, se le puede creer, porque en estos asuntos los conservadores son voto de calidad.

¡A la barra! grita *El Demócrata*, con motivo del escándalo de los cinco millones. Pero, como sino; lo único que esperamos es que griten los hombres de bien: ¡A la barra!

Nuestro embajador en París ha invertido 13.000 pesetas en circulares para promover la concurrencia á la Exposición del Centenario.

¡Eche usted pesetas! Pero es lo que dirá él: —¡Como yo no las he de pagar!..

¡Caramba! Hacía una porción de días, que nadie hablaba del conde de Morphy, y la verdad, estábamos tristes.

Pero ahora ha escrito á *El Imparcial*, para decirle, que cuando proclamaron á Alfonso XII él no vivía en el palacio de Castilla, sino en la calle de Malville.

¿Conque en la calle de Malville? Vaya, hombre, vaya.

¡Y pensar que maldito lo que nos importa todo esto!

Resulta que los astilleros del Nervión están hechos una calamidad, á juicio de la comisión técnica.

Pero eso no quita para que nos cuesten un sentido. Bueno sería que en las Cortes se tratara este importante asunto, y que supiéramos todos dónde han ido á parar tantos millones.

Que ha habido abusos es indudable. Abusos ó «escaramuzas», como dice el hombre eminente, ó el estadista portentoso, nominado Cánovas del Castillo.

Pando y Valle ha publicado un libro con un prólogo de Alejandro Pidal.

Meditemos. ¿Por qué no le voy á leer? No lo adivino.

No sé si por ser el prólogo de Pidal ó porque es el libro de Pando.

Los ingleses rechazan nuestros ganados, dejando á los Becerras estupefactos.

¡Qué compromiso! ¡Si al menos admitiesen nuestros perdidos!

Los conservadores están seguros de que los fusionistas más conspicuos no rechazarán el proyecto con que quiere obsequiar el Gobierno á las Compañías de ferrocarriles.

Y citan entre otros á Sagasta, al marqués de la Habana, á Moret, á D. Venancio, á...

Porque esos están enterados de las necesidades de las Compañías.

¡Naturalmente! Como que son consejeros.

—Que se muere un general, pues otro inmediatamente, no vaya á decir la gente que el ejército anda mal. —Bien; y el que murió, ¿qué hacía que urge el sustituto tanto? —Pues vivía como un santo, en un pueblo de Almería.

También en la segunda quincena de Febrero ha tenido que trabajar la Junta de clases pasivas.

Pero no mucho. Ha concedido haberes á seis ó siete ciudadanos, que entre todos no le costarán al país arriba de ocho mil duros anuales.

Verdad que los seis ó siete tienen muchos años de servicios.

Es decir, que ya antes le han costado al país muchos miles de duros más.

Que defiendes á una empresa y ante todo eres patriota... ¿A qué me dices lo que eres? Dime sólo cuánto cobras.

La joven que desempeñó en París el papel de reina en las fiestas de la *Mi-Careme*, llevó al altar de la Virgen las flores que había recibido.

Al salir de la iglesia, dijo: «Se acabaron las bromas. Ahora á trabajar.» He ahí una reina que ha conocido en qué tiempos vive.

Y no ha querido esperar á que eso se lo diga la nación.

La prensa extranjera hace una semana no publica artículos elogiando á Cánovas... ¿Se habrá puesto malo Vallejo Miranda?

Para doctrina buena la de Romero Robledo. Saca un millón de duros del Banco y se los entrega á la Compañía Trasatlántica...

Pues eso, según él, es lo mismo que trasladar una moneda de un bolsillo á otro.

Y es la fija. Sólo que los rateros tampoco hacen más que eso que al ministro le parece tan natural.

Trasladan relojes y monedas de unos bolsillos á otros.

Además, Romero Robledo sabe lo que se hace. Presta esos millones de pesetas á la Compañía Trasatlántica, porque le inspira confianza completa. Como que él es accionista.

De modo que casi viene á ser como si se los hubiera prestado á sí mismo.

¿Y hay cosa más natural?

Pero como sigamos ese camino, toma un día unos miles cualquier ministro, y cuando le hagan cargos, dice tranquilo: —Voy á abrir una tienda de ultramarinos.

Hasta el momento presente no se ha caído ningún otro pedazo de cornisa como el de la calle del Carmen. Y es lástima.

Porque está el alcalde con las cuerdas preparadas. Para aislar la casa un par de días lo menos.

¿Qué decía usted de responsabilidades? Vamos, hombre. Gracias á que no se las exijan á la víctima, ó á su familia.

Por haber estropeado con la cabeza el trozo de cornisa.

Sánchez Toca votó en pro, y en contra luego votó, y dijo que no y que sí, y después que *qué sé yo* y que *qué se me da á mí*. Pero tanto ir y volver no fué por obedecer á ningún móvil mezquino... ¡El hombre tiene un destino y no le quiere perder!

¿Loco? ¡quía!

Hay un vecino en Orense, según cuenta un periódico, que tiene ideas muy extravagantes.

Para él los corderos son vecinos de su ayuntamiento; los perros, recaudadores; los mulos, personajes políticos; los bueyes, maridos bonachones, etc.

A las gallinas les llama comadres. Una recua es el concejo. Cuando pasa por su lado un burro, se quita el sombrero, y exclama ceremoniosamente: «A la obediencia, señor alcalde.»

A este vecino le tienen por loco los orensanos, pero se equivocan lastimosamente. Cuerto y muy cuerdo es el tal sujeto, y sino, que le traigan aquí, y dirá de seguro cuando vea una buena trucha en el mercado de los Mostenses:

—A la obediencia Sr. Romero Robledo. Y si va á la Habana, exclamará en presencia de los tiburones:

—Servidor de ustedes, señores accionistas de la Trasatlántica.